

cultad en confesar que Tucídides multiplicó sin necesidad las arengas directas, que estas son generalmente demasiado largas, y que en varias ocasiones hubiera hecho mejor en contentarse con una breve indicación indirecta de los puntos capitales contenidos en las que imita.

Reflexiones.

Sobre esta especie de aforismos políticos ó morales, con que un historiador puede y debe dar realce á su narración, es necesario prevenir en primer lugar, que las reflexiones sean nuevas, sólidas, interesantes, profundas, breves y nacidas de los hechos mismos. Por consiguiente deben condenarse todas las que, ó sean comunes y trilladas, ó no estén fundadas en la verdad, ó no presenten una instrucción útil é importante, ó sean tan obvias que al lector ménos perspicaz se le ofrezcan, ó se prolonguen demasiado, ó no tengan inmediata conexión con los hechos sobre que recaen.

En segundo lugar, las reflexiones incorporadas en la narración como parte del pensamiento mismo narrativo, hacen mas efecto que propuestas con separación bajo la forma de aforismo ó sentencia. Por ejemplo, hablando Tácito del odio secreto que Livia y Tiberio tenían á Germánico, y que él principió á traslucir, dice que « estaba acongojado por los odios de su « abuela y de su tío, odios cuyas causas eran mas activas, « porque eran injustas »; *quorum cause acriores, quia ini- que*. Esta profunda, nueva, interesante y sólida reflexión, á saber, que el odio de los hombres es mas intenso cuanto mas injusto, hace mejor efecto enunciada de este modo, que si la hubiese propuesto aparte y en forma de sentencia. Al contrario, cuando al hablar del modo con que Domiciano trató á Agricola, añade: « Es propio del hombre aborrecer á aquel á « quien ha ofendido. » *Proprium humani ingenii est odisse, quem læsseris*: la observación es exacta y bellísima, y está bien aplicada; pero el modo de hacerla es, como nota Blair, demasiado abstracto y filosófico.

Finalmente, de cualquiera modo que se propongan, y aunque reúnan todas las buenas cualidades indicadas, es menester no prodigarlas con excesiva profusión. El historiador no ha de aspirar á parecer constantemente profundo: basta que se muestre tal de tiempo en tiempo y con oportunidad. Tácito es hasta ahora el primero de los historiadores en esta parte de las reflexiones, y quizá lo será siempre.

ARTÍCULO II.

Historia ficticia.

Bajo este título se comprenden las composiciones llamadas comunmente *novelas* y *cuentos*; composiciones que solo se distinguen de las historias verdaderas en que los hechos y sucesos que en ellas se refieren no han pasado realmente, sino que son fingidos por el autor. Sin embargo, esta sola diferencia las constituye en una clase muy diversa, pues en orden á la persona del autor, la circunstancia de ser los hechos fabulosos le exime de casi todas las obligaciones que lleva consigo el cargo de historiador. Ni la instrucción que exigen es tan vasta y la fidelidad tan escrupulosa, ni la elección de los hechos tiene otra regla que la voluntad del que los inventa, ni el estilo pide en muchas de ellas un tono tan serio como la historia verdadera. Pero si por esta parte presentan ménos dificultades, bajo otros respetos son de muy difícil ejecución; y así es que entre tantos miles de novelas como se han escrito, hay muy pocas que puedan llamarse clásicas. Por su naturaleza son composiciones rigurosamente poéticas, y de consiguiente es tan difícil sobresalir en este género de obras, como en cualquier otro de las que se llaman de imaginación. Además, las reglas á que están sujetas, son, como vamos á ver, muy severas, y el observarlas no es tan fácil como cree la turba de escritorzuelos que tan osadamente se arrojan á escribir novelas.

Mas ántes de pasar á exponer estas reglas diré algo acerca de los diferentes asuntos sobre los cuales se han escrito novelas, y de las varias formas bajo las cuales se han presentado, previniendo ántes que las novelas y los cuentos no se distinguen mas que en la extensión. Cuando los sucesos que contienen son muchos y abrazan un período considerable de tiempo, se llaman *novelas*; cuando son pocos y no ocupan mucho tiempo, toman el nombre de *cuentos*; sin que sea fácil, ni muy importante tampoco, fijar con rigurosa exactitud sus respectivos límites, y determinar la extensión que ha de tener un cuento para que merezca ya el título de novela. En esto hay mucha arbitrariedad. También es necesario prevenir que las que yo llamaré siempre *novelas*, son las que los franceses llaman *romans*, y algunos de los nuestros con un imperdonable galicismo han llamado también *romances*. Esta palabra está destinada entre nosotros á significar, no historias

de hechos fingidos, sino una de las varias formas de nuestra versificación.

NÚMERO 1.º

*Asuntos sobre que se han escrito historias ficticias,
y sus varias formas.*

La invencion de sucesos fabulosos, ó para comunicar por medio de estas ficciones alguna instruccion útil, ó para solo entretener la ociosidad de los oyentes, es tan antigua como el mundo. Todas las naciones han tenido desde el primer período de su existencia fábulas, consejas y cuentos de hechos maravillosos, con que las familias, reunidas alrededor de sus hogares en invierno, ó tomando el fresco en verano, pasaban entretenidamente una parte de las noches, cuando por lo largas ó calurosas no podia el sueño llenarlas enteramente. Todavía hoy lo estamos viendo en aquellas familias, que por habitar en el campo ó en pequeñas poblaciones, carecen de los recursos que las grandes ciudades ofrecen, para distraer y ocupar la ociosidad. ¿Qué seria pues, cuando las familias eran independientes, y no se conocia mas sociedad que la doméstica?

Estas consejas, inventadas al principio solo para engañar el tiempo y llenar agradablemente ciertos momentos de ocio, fueron haciéndose mas útiles y adquiriendo mayor celebridad, á medida que la civilizacion se aumentaba. Así vemos que desde tiempos muy antiguos se inventaron ya ficciones de varias especies y formas, para corregir los vicios de los hombres, poniéndoles á la vista las desgracias á que nos arrastran las pasiones; y que otras mas extensas é ingeniosas, y compuestas con mas artificio, continuaron sorprendiendo la imaginacion con aventuras maravillosas. Estas ficciones domésticas, esparcidas luego por todo el pueblo y comunicadas de boca en boca, formaron por mucho tiempo, juntamente con los cánticos sagrados y marciales, toda la literatura de las naciones en los primeros períodos de su civilizacion, hasta que mas adelantada esta, se fueron creando, perfeccionando, distinguiendo y separando unos de otros los varios géneros de composiciones literarias que hoy conocemos.

En este estado, y habiéndose apoderado la poesía propiamente dicha de varias de estas ficciones, los cuentos en prosa formaron una clase á parte, que sobre diferentes asuntos y bajo diversas formas ha continuado hasta nuestros dias, y con-

tinuará siempre, ejercitando el ingenio de muchos escritores. Y si están bien escritos, serán siempre leidos con gusto por toda clase de personas, señaladamente por los jóvenes. Porque el amor á lo maravilloso y el gustar de ficciones ingeniosas, no es, como creen algunos, efecto de corrupcion, sino cierta inclinacion natural fundada en la grandeza y dignidad del entendimiento humano. *Los objetos del mundo real*, dice Bacon citado por Blair, *no llenan el ánimo ni le satisfacen enteramente; buscamos alguna cosa que ensanche mas el corazon: apeteceemos hechos mas heróicos y brillantes, acaccimientos mas variados y maravillosos, un orden de cosas mas espléndido, una distribucion mas general y justa de recompensas y castigos que lo que estamos viendo; y no hallando estas cosas en las historias verdaderas, recurrimos á las ficticias.* Así es que todas las naciones las han tenido y apreciado. Los indios, los persas y los árabes fueron todos famosos por sus cuentos: los antiguos griegos tuvieron y alabaron mucho los *jonios* y *milesios* que ya han perecido, y que segun la noticia que de ellos queda, se versaban sobre aventuras amorosas expuestas con demasiada desnudez; y de las muchas novelas que sobre el mismo asunto escribieron con mas decencia en épocas posteriores, se conservan todavía algunas, que aunque no perfectas en su linea, no carecen de mérito, merecen ser leidas, y han servido de modelo á varios escritores modernos.

En los siglos medios el sistema feudal, el uso de los duques, el establecimiento de los torneos, la institucion de las órdenes militares y otras varias causas dieron origen á un sistema de caballería andantesca, que fué entónces el asunto de todas las novelas, en las cuales no se propusieron sus autores otro fin, que sorprender la imaginacion con aventuras maravillosas, extravagantes é inverosímiles. Caballeros errantes de valor mas que heróico y de fuerzas mas que humanas, mágicos, hechiceras ó hadas, dragones, gigantes, hombres invulnerables, caballos con alas, castillos encantados; tales son las ficciones monstruosas é increíbles que recibia con ansia la grosera ignorancia de aquellas edades, como tan conformes á las ideas supersticiosas que entónces dominaban. Estos delirios alimentaron por algunos siglos la curiosidad pública en casi todas las naciones de Eüropa, hasta que el inmortal Cervantes, la abolicion de los torneos, la prohibicion de los duelos, la mayor cultura, el renacimiento de la buena filosofía, y la mudanza

en los usos y las costumbres derribaron la disparatada máquina de los libros de caballería, y comenzaron á dar otra dirección á las historias ficticias.

En Italia y en España se escribieron primero novelas pastoriles mezcladas de prosa y verso, compuestas, mas bien para insertar algunos de estos que sus autores habian compuesto sobre diferentes asuntos, que para presentar una accion verdaderamente pastoril; y al fin pararon en referir aventuras cómicas y truhanescas sucedidas á personajes del ínfimo populacho.

En Francia se escribieron novelas que podemos llamar históricas; unas épicas, como el *Telémaco*, y otras amorosas, pero cuyos personajes eran héroes buseados en la historia verdadera. Tales son el *Ciro*, la *Clelia* y la *Cleopatra*. En estas se desterraron ya los dragones, los nigrománticos, los castillos encantados y los caballeros andantes. Pero, conservando aun mucho de lo maravilloso, siendo los caracteres violentos, el estilo hinchado, y las aventuras inverosímiles, era imposible que agradasen por mucho tiempo en un siglo filosófico y de buen gusto. Así el aplauso que tuvieron al principio, fué de corta duracion.

Poco despues tomaron otro aspecto; y de novelas heroico-amorosas vinieron á parar en novelas familiares. Y aunque los primeros ensayos no fueron muy felices, poco á poco se fueron mejorando. En Inglaterra fué donde primero se trató de dar á estas composiciones cierta tendencia moral, y cierto grado de utilidad que ántes no habian tenido, y desde entónces su objeto principal fué imitar la vida y los caracteres de los hombres. Se presentaron personajes de la clase media de la sociedad en situaciones extraordinarias é interesantes, por cuyo medio se manifestase lo laudable ó defectuoso de sus caracteres y de su conducta; se procuró hacer amable la virtud y odioso el vicio; se interesó la sensibilidad de los lectores con pinturas animadas de las desgracias á que el error, ó una fatal combinacion de circunstancias, puede arrastrar aun á las personas virtuosas; se descubrieron los odiosos medios de que los malvados se valen para seducir la inocencia, y se pintó el castigo que tarde ó temprano encuentran los crímenes y los vicios. En suma las novelas tomaron desde entónces un aspecto de moralidad que las hace en el dia dignas de la atención de la crítica, y las colocan en una clase particular de composiciones literarias, sujeta á las reglas que luego veremos.

Debo advertir que en todas las publicadas hasta el último período de que acabo de hablar, conservaron los autores la forma histórica, refiriendo los sucesos en una narracion adornada con arengas, como en las historias verdaderas; pero que algunas de las últimas han parecido en forma de cartas que se suponen escritas por los mismos actores, con cuya ficcion ellos, y no el autor, son los que cuentan los hechos; y esta es la única variedad que han recibido en su forma, de cuyos inconvenientes y ventajas hablaré mas adelante.

NÚMERO 2.º

Reglas de la historia ficticia.

Siendo las novelas composiciones poéticas, y no habiendo sido excluidas de las que se comprenden bajo este título, sino porque les falta la circunstancia de estar escritas en verso, es claro que casi todas las reglas á que están sujetas, serán las mismas que veremos, cuando se trate de la epopeya, tragedia, comedia y fábula. Y como el anticiparlas ahora, para omitirlas entónces, seria inoportuno, y el repetir las despues, inútil y fastidioso; solo haré aquí unas cuantas observaciones que mas directamente se refieren á las novelas.

En primer lugar, pues estas, segun el aspecto que últimamente han tomado y el único que puede hacerlas apreciadas, son verdaderas lecciones de moral, en las cuales por medio de ingeniosas ficciones se trata de inspirar amor á la virtud y horror al vicio, de disipar las ilusiones de las pasiones, y de corregir los defectos ménos graves y aun las solas ridiculeces de los hombres; es necesario que *ante todas cosas reine en ellas constantemente la moral mas pura*, que sus autores no se permitan la menor liviandad, ni siembren máximas, que de cualquier modo puedan ser opuestas á las buenas costumbres, que no autoricen errores peligrosos en ningun género, y que al contrario procuren combatir las erradas opiniones de la multitud y las supersticiones populares (1).

En segundo lugar, como, aun siendo muy ejemplares, serian insípidas, si la moralidad no va envuelta en hechos capaces de interesar á los lectores, es indispensable que *el autor*

1. Bajo ese punto de vista, ni *Dumas* ni *Sue* escribirían una sola novela, ni una sola escena dramática. Se han constituido maestros del escándalo, y como el público aplaude sus producciones, creen, con *Salvá*, que lo malo está en la obediencia á los preceptos, y lo bueno en el desorden de los pensamientos y la licencia de la lengua.

sepa inventar una serie de sucesos tales, que por su novedad, por lo variado de los acontecimientos, y por las apuradas situaciones en que coloque al personaje principal, es decir, al héroe ó heroína de la historia (porque en estas, como en los poemas épicos, debe haber siempre un como protagonista, *interesen vivamente la atención, y la mantengan despierta*. Para esto es menester que esté dotado de una rica, viva y fecunda imaginación. Cuando se recomienda el interés en las novelas, no se quiere decir que los hechos que se inventen, sean extravagantes ó inverosímiles; al contrario.

En tercer lugar, es necesario que *la severa razón y el juicio presidan á la invención de la fábula*, es decir, que los lances sean nuevos, pero no increíbles, varios, pero no muy complicados, y las situaciones del héroe peligrosas, mas no desesperadas, y tales que sin un milagro no haya podido evitar el riesgo que le amenazaba. En suma, es menester no confundir dos cosas que son muy diversas; interesar ó sostener la atención de los lectores, y sorprender la imaginación con lo inesperado de los lances y la enredosa complicación de la fábula. Por no haber tenido presente esta distinción algunos escritores de novelas, como el griego Heliodoro y nuestro Cervantes, no acertaron á dar un interés verdaderamente dramático, ni aquel á su *Teágenes*, ni este á su *Pérsiles*. Lo que hicieron fué hacinar una sobre otra aventuras inverosímiles, y sacar á sus personajes de los peligros por medios absolutamente improbables, olvidándose de que este no es el camino verdadero para interesar al lector. Porque si estos disparates pueden por un instante agradar á la imaginación acalorada, acude luego la razón, y haciendo sentir que aquello no pudo pasar así, destruye toda ilusión y la convierte en desprecio. En estos escritos, mas que en ningún otro, es menester tener siempre á la vista el *incredulus odi* de Horacio. Esto no se entiende con las alegóricas ni con las satíricas. En estas clases, con tal que la alegoría sea instructiva en las primeras, y la sátira fina en las segundas, se disimula la inverosimilitud de los sucesos.

En cuarto lugar, *es preciso variar y diversificar mucho los caracteres, dibujarlos con mucha exactitud, contrastarlos debidamente, y sobre todo sostenerlos*. Y aunque esto es común hasta cierto grado á todas las composiciones que tienen algo de dramáticas, es decir, en las cuales se hace hablar y obrar á ciertos personajes; es mucho mas importante y ne-

cesario en las novelas. En las otras basta delinear sus principales facciones y algo abultadas, por decirlo así, porque han de ser vistos á cierta distancia; en las novelas es menester pintarlos mas individualmente, y señalar bien los perfiles. La elección de los caracteres, la habilidad en pintarlos y distinguirlos, y el cuidado en sostenerlos, son las circunstancias que mas realzan el mérito de las novelas.

En quinto lugar, *es necesario que el autor esté dotado de una sensibilidad exquisita, fina y ejercitada, para que así pueda pintar toda suerte de escenas* patéticas, ya tiernas, ya horrorosas, ya alegres, ya tristes, y conmover por este medio el corazón de los lectores. Esto es lo que principalmente se busca en las novelas morales. Y aunque estas pueden dividirse en tres clases, las *sentimentales*, las *de imaginación* y las *de costumbres*, y que lo patético es mas necesario en las primeras que en las segundas y terceras; sin embargo aun en estas se requiere en mas alto grado que en otras composiciones análogas, cuales son la epopeya y la comedia. El poema épico habla principalmente á la imaginación, procurando excitar la admiración de los lectores; la comedia se dirige á la razón, haciéndola sentir la incongruencia que se observa entre lo que los hombres hacen, y lo que su interés exigía que hiciesen; pero las novelas, aun las de las dos últimas clases, se encaminan mas derechamente al corazón, para hacerle amar lo que es perfecto y detestar lo defectuoso.

En sexto lugar, *se debe darlas unidad*; para lo cual se observará lo que se dijo de las historias, á saber, que todos los sucesos se refieran al desenlace final, ya sea este feliz, ya desgraciado. La moralidad que resulta del éxito ó desenlace, es el centro al cual deben venir á parar todos los sucesos por divergentes que parezcan; como que no deben ser inventados sino para conducir al héroe á aquella situación de abatimiento ó de triunfo, de dicha ó de infortunio, de la cual resulta la lección que el autor se propone dar á los hombres. Los funestos efectos, por ejemplo, de la mala educación, de la pasión del juego, de un amor inconsiderado, de un matrimonio contraído por miras de interés, etc., etc., serian en otras tantas novelas los puntos céntricos, á que deberían referirse todos los sucesos esparcidos en el curso de la obra.

En sétimo lugar, *el estilo ha de ser tan elegante como permita el asunto, atendidas todas las circunstancias*. Las novelas son precisamente, entre las composiciones de prosa,

las que exigen mayor cuidado en esta parte; y aun en las que piden el tono familiar, es imperdonable el menor descuido, la menor negligencia, el mas ligero desaliño. Porque, como se leen por entretenimiento, lo que principalmente se busca en ellas, es el placer. La moralidad misma que encierran y la instruccion que pueden suministrar, serian mal recibidas, si no viniesen ataviadas con las galas del estilo. Por consiguiente, al tiempo de escribirlas, es necesario tener siempre á la vista cuanto el arte previene en órden á la verdad, solidez, claridad y naturalidad de los pensamientos, á la pureza, correccion, energía y demas cualidades de las expresiones, al buen uso de las formas oratorias, al empleo del sentido figurado, y á la fácil, desembarazada y armoniosa coordinacion de las cláusulas.

Acerca de la forma que puede darse á las novelas escribiéndolas, ó como narracion histórica en persona del autor, ó como correspondencia epistolar entre algunos personajes, en la cual el lector vaya instruyéndose de los acontecimientos, caracteres, etc., ya dejo indicado que esta innovacion tiene sus inconvenientes y sus ventajas. En efecto, la forma epistolar hace mas dramática la narracion, el autor no se muestra nunca, los personajes están siempre en la escena, y por este medio se pueden introducir con naturalidad muchas circunstancias, muchos cabos sueltos, por decirlo así, que en una narracion seguida seria difícil reunir con la accion principal. Pero al mismo tiempo es innegable, que la forma epistolar obliga tambien á entrar en varios pormenores nada interesantes, á repetir dos veces muchas cosas, y á aumentar inútilmente el volumen con todas las fórmulas epistolares de fechas, cortesías, etc. Así, todo bien compensado, me parece preferible la narracion seguida y en boca del autor, variada con los discursos directos de los actores, cuando puedan oportunamente introducirse, amenizada con las descripciones que el asunto exija, adornada con episodios ó cortas digresiones, que tengan sin embargo estrecha conexion con los hechos á que se refieren, y sembrada de oportunas y juiciosas reflexiones como en la historia verdadera.

CAPITULO II.

OBRAS DIDÁCTICAS.

Ya dije que bajo este titulo se comprenden todas las com-

posiciones en que el autor se propone instruir á sus lectores sobre objetos de ciencias ó artes. Y aunque tales obras son innumerables, pues la mayor parte de los libros que existen y existirán pertenecen á esta clase; sin embargo, si observamos que todos ellos son, ó disertaciones sueltas sobre algun punto determinado, ó cuerpos enteros y sistemáticos de doctrina sobre una ciencia ó arte en toda su extension, ó sobre alguna de sus partes; y que estos tratados completos son, ó magistrales y dirigidos á los lectores iniciados ya en la ciencia, ó elementales para instruccion de aquellos que no la han saludado todavía; veremos que las obras didácticas pueden reducirse á tres clases principales: 1.ª disertaciones, 2.ª tratados magistrales, 3.ª elementos.

ARTÍCULO PRIMERO.

Disertaciones.

Comprendemos bajo este nombre, no solo las composiciones que materialmente tienen este título, sino los tratados sueltos sobre objetos de ciencias y artes, ya sean dirigidos á todo el público, ya presentados ó leídos á un cuerpo literario con el título de *memorias*. Tales son las de la Academia de ciencias de Paris, la de inscripciones, y otras varias en todas las naciones cultas de Europa: tales los artículos literarios insertos en los periódicos, etc., etc.

Acerca de estas obras, todo lo que puede prevenirse á los que quieran escribirlas es, que escogida ya la materia y habiéndola meditado y estudiado muy á fondo, que es lo mas esencial, no descuiden el estilo, creyendo que los engalanamientos y las flores de la elocuencia son incompatibles con la austera gravedad de la filosofia y de las ciencias. Estas desechan en efecto todo adorno frívolo, estudiado, pueril y relumbrante; pero admiten muy bien, y aun exigen cierta moderada elegancia. Sobre todo piden el mas alto grado posible de claridad y precision. Y como para que un escrito le tenga, es necesario que el autor ponga el mayor cuidado en la eleccion de los pensamientos y de las expresiones, y en la composicion de las cláusulas, resulta que el que se propone escribir sobre algun asunto científico, debe tener muy estudiadas la lengua que haya de emplear y las reglas de la elocuencia, y atender á ellas sin perderlas nunca de vista. No logrará probablemente instruir á sus lectores, el que no sepa empeñar su atencion ó